

quemar andrajos. ¡Pobre gente! ¿Quemaréis á Júpiter?
¿Quemaréis á Saturno?

Fundado en estos desatinos, no tomó precaucion alguna contra la peste. Esta le acometió : D. Ferrante se metió en la cama, y murió como un héroe de tragedia, tomándola con el cielo y las estrellas.

¿Y su famosa biblioteca? Anda quizá dispersa todavía por los puestos de los que venden comedias y romances.

CAPÍTULO XXXVIII

Una tardecita oye Ines parar un carruaje á la puerta de su casa. « ¡Ella es! » exclama, y efectivamente era Lucía con la buena viuda. La acogida por una y otra parte, y las recíprocas demostraciones de afecto, dejo que el lector se las figure.

La mañana siguiente llega Lorenzo sin saber lo que habia sucedido, y sin otro objeto que el de quejarse de la tardanza de Lucía. Se deja tambien á la imaginacion del lector lo que hizo, y lo que dijo al verla. Las demostraciones de Lucía fueron tales, que no se necesitan muchas palabras para referirlas.

— ¡Dios te guarde! ¿Cómo estás? — fué lo único que le dijo con los ojos bajos y sin agitacion.

Ni se crea que á Lorenzo este modo le pareciese frio y le incomodase. Supo entender la cosa; y así como entre gentes de educacion se sabe dar su verdadero valor á los cumplimientos, del mismo modo comprendia Lorenzo cómo debian entenderse aquellas palabras. Por otra parte, es fácil conocer que Lucía tenia dos modos de proferirlas : uno para Lorenzo y otro para los demas conocidos.

— Yo estoy siempre bien cuando te veo, — contestó el jóven con una expresion que venia de molde.

— Nuestro pobre padre Cristóbal... reza por su alma, á

pesar de que se puede asegurar que él es quien ruega por nosotros allá arriba.

— Bien me lo temia yo, — dijo Lorenzo.

Y no fué esta la sola tecla desagradable que se tocó en aquel coloquio; pero cualquiera que fuese la materia de que se tratase, el diálogo siempre le pareció delicioso. Como aquellos caballos resabiados que se obstinan y plantan sin querer ir adelante, levantando un pié, luégo otro, y volviendo á plantar los dos en el mismo paraje, y hacen mil ceremonias ántes de dar un paso, hasta que de repente toman carrera, y corren parejas con el viento, así era el tiempo para Lorenzo; de manera que ántes los minutos le parecian horas y aqui las horas le parecian minutos.

La viuda, por su parte, no sólo no echaba á perder la conversacion, sino que la razonaba. Ni Lorenzo, cuando la vió en la mala cama del Lazareto, pudo figurarse que seria mujer de tan buen humor y tan sociable; pero el Lazareto y el campo, la muerte y las bodas eran cosas muy distintas.

Por último, dijo Lorenzo que iba á buscar á D. Abundo para arreglar las cosas del casamiento. Con efecto, así lo hizo, y encontrándole en su casa, con tono algo socarron, le dijo :

— ¿Se le ha pasado á usted, señor Cura, aquel dolor de cabeza que le estorbaba casarme? Ahora estamos en tiempo. La novia está pronta, y yo vengo á saber cuándo se hallará usted en disposicion de verificarlo : sólo le pido esta vez que no tarde mucho.

No es que D. Abundo se negase absolutamente; pero empezó á titubear, á poner excusas y adelantar ciertas insinuaciones, diciendo que por qué dar un cuarto alregonero con aquella requisitoria encima; que la cosa pudiera hacerse en otra parte; que esto, que esotro, *et cetera*.

— Ya veo — dijo Lorenzo — que no se le ha pasado á usted enteramente el dolor de cabeza; pero oiga usted.

Y aqui le hizo una patética descripcion del estado en que vió á D. Rodrigo, quien á esas horas debia ya haberlas liado, y concluyó diciendo :

— Esperamos que el Señor le habrá mirado con misericordia.

— Eso nada tiene que ver con lo que tratamos, — contestó D. Abundo. — ¿ Por ventura te he dicho yo que no? Yo no me niego; sólo hablo... por buenos motivos... Ya ves, mientras el hombre respira... Mirame á mí : estoy hecho un cascajo ; tuve ya un pié en el hoyo... y sin embargo, como no tengo disgustos, puedo tirar todavía... Luégo hay ciertos temperamentos... pero, como digo, esto nada tiene que ver.

Después de otro diálogo ni más ni menos decisivo, hizo Lorenzo una reverencia, y volvió á sa casa, en donde refirió lo que acababa de pasar, concluyendo con decir :

— Me he venido, porque ya estaba harto, y á pique de perder la paciencia y desmandarme. Momentos hubo en que me parecía el mismo que ántes; el mismo gesto, las mismas palabras, y si dura algo más la conversacion, no dudo que me echase los mismos latines. Preveo que trata de dar largas; así me parece que lo mejor será irnos á casar en donde hemos de vivir.

— ¿ Sabéis qué hemos de hacer? — dijo la viuda. — Quiero que vayamos nosotras las mujeres á hacer un ensayo, y ver si damos con el cabo de esta madeja. Hemos de ir en cuanto acabemos de comer. Ahora quiero que usted, señor novio, me lleve á dar un paseo con Lucía, pues deseo ver esas montañas y ese lago de que tanto he oído hablar.

Desde luégo las condujo Lorenzo á casa de su huésped, donde hubo nueva acogida, nuevos ofrecimientos y nuevas declaraciones de fina amistad, haciéndole prometer que no sólo aquel día, sino que todos iria á comer con ellos.

Después de haber paseado y haber comido, se marchó Lorenzo sin decir adónde, y las mujeres quedaron algun tiempo conversando y discurriendo el modo de pillar á D. Abundo, como lo ejecutaron.

« ¡ Aquí están ellas! » dijo para sí al verlas; pero puso buena cara, se congratuló con Lucía, saludó á Ines y gastó cumplimientos con la forastera.

Hízolas sentar, y empezó á hablar de la peste. Quiso oír de boca de Lucía cómo le habia ido en tantas desgracias; y el Lazareto dió márgen á que también hablase su compañera de habitacion. Habló luégo D. Abundo, como era justo, de su borrasca, dando la enhorabuena á Ines por no haberla pasado. De esta manera la conversacion se iba prolongando sin llegar al cabo. Ines y la viuda desde el principio estaban aguardando la ocasion de poder tratar del negocio que más interesaba, y no sé quién de las dos fué la primera en romper la valla. Pero ¿ para qué? si D. Abundo no oía de aquel lado. Á buen seguro que no dijese terminantemente que no; pero continuaba en sus trece con tergiversaciones y rodeos, diciendo siempre que convenia hacer anular la requisitoria, pues era muy expuesto publicar en la iglesia el nombre de Lorenzo Tramallino; y que puesto que todos estaban resueltos á expatriarse, no habiendo más patria que aquella en donde se está bien, era de opinion que lo más acertado seria hacerlo todo en donde la requisitoria tenía la misma fuerza que un papel de estraza, y concluyó en estos términos :

— Yo por mi parte lo haré muy gustoso; pero temo que la publicacion de su nombre pueda acarrearle algun disgusto. No dejaban Ines y la viuda de rebatir sus razones y de reproducirlas D. Abundo, cuando entró Lorenzo con paso firme, y un rostro que anunciaba alguna noticia favorable.

— Ha llegado — dijo — el señor Marqués de ***

— ¿ Qué es eso? — interrumpió D. Abundo, levantándose. — ¿ Ha llegado dónde?

— Á su palacio, que era el de D. Rodrigo, porque este señor Marqués es su heredero por fideicomiso, como dicen los abogados, por lo cual ya no queda duda. Por mi parte, me alegraria, si supiera que aquel infeliz habia muerto bien. Á buena cuenta, hasta ahora, he rezado por él muchos Padre-nuestros, y ahora le rezaré muchos *De profundis*. Por señas, que este señor Marqués es un excelente sujeto.

— Cierto, — dijo D. Abundo, y más de una vez he oído

decir que es uno de aquellos señores chapados á la antigua; pero sobre todo, ¿es cierto?

— ¿Usted cree al Sacristan?

— ¿Por qué?

— Porque él le ha visto con sus propios ojos. Yo fui á las inmediaciones del palacio, suponiendo que allí algo sabrían y efectivamente, dos ó tres personas me aseguraron el hecho; pero últimamente me traje al amigo Ambrosio que venía de allá arriba, y le habia visto mandar como amo. ¿Quiere us-



¡ Ah! ¿conque ha muerto? — exclamó D. Abundo.

ted oirlo? ¡ Ambrosio!... Le he hecho aguardar expresamente aquí fuera.

— Oigámsle, dijo D. Abundo.

Y Lorenzo mandó entrar al Sacristan, que confirmó la noticia, añadió muchos pormenores, y resolvió todas las dudas retirándose luego.

— ¡ Ah! ¿conque ha muerto? — exclamó D. Abundo. — ¿Conque Dios se lo llevó? Hé aquí, hijos míos, cómo la Providencia acaba con ciertas gentes. ¡ Sabéis que es un gran suceso! ¡ que es una felicidad para este pobre país, en donde por él no se podía vivir! Es verdad que la peste ha sido un grande azote; pero ha sido también una escoba que ha bar-

rido cierta canalla, hijos míos, de que nunca nos hubiéramos visto libres. En un abrir y cerrar de ojos han desaparecido á millares. Ya no los veremos pasear con aquel acompañamiento de matones, con aquel orgullo que parecia que todos vivíamos porque ellos querían. En fin, él ha muerto, y nosotros vivimos. Ya no enviará embajadores á los hombres de bien. Mucho nos ha dado que hacer á todos. Ahora ya se puede decir.

— Yo le he perdonado de corazón, — dijo Lorenzo.

— Y has hecho bien. Has cumplido con tu obligación; pero también se puede dar gracias á Dios por habernos librado de él. Volviendo ahora á nuestro asunto, os vuelvo á decir que hagáis lo que tengáis por más acertado. Si queréis casaros, aquí estoy; y si os conviene más en otra parte, hacedlo. Por lo que toca á la requisitoria, yo también me hago cargo de que, no habiendo ya quien os tenga entre ojos y quiera haceros daño, no hay que tomarse gran pena, especialmente después del decreto de indulto, expedido con motivo del nacimiento del serenísimo señor infante. Y luego la peste, amigo, la peste ha echado una gran plumada sobre muchas cosas. Conque, si queréis, hoy es jueves; el domingo corre la primera amonestación, porque lo que se hizo en otra ocasión, ya no vale después de tanto tiempo; y luego tendré yo el gusto de casaros.

— Ya sabe usted que á eso habíamos venido, dijo Lorenzo.

— ¡ Muy bien! — contestó D. Abundo; — yo serviré, y voy á dar cuenta de ello á su Eminencia.

— ¿Quién es su Eminencia? — preguntó Ines.

— Su Eminencia — respondió D. Abundo — es nuestro Cardenal arzobispo, que Dios conserve.

— En cuanto á eso, perdone usted, — replicó Ines, — que aunque yo soy una pobre ignorante, puedo asegurarle que no se llama así, porque cuando fuimos á hablarle la segunda vez, del mismo modo que hablamos con usted, uno de aquellos señores capellanes que allí se hallaban, me llamó aparte,

y me enseñó cómo debía decirlo, y era *usía ilustrísima y monseñor*.

— Y ahora si hubiese de enseñar á usted de nuevo, — dijo D. Abundo, le diría á usted que le diese el tratamiento de su Eminencia. ¿Entiende usted? Porque el Papa, que Dios guarde, ha mandado desde el mes de Junio que á los cardenales se les dé este título, y ¿queréis saber por qué habrá tomado semejante resolución? porque el ilustrísimo, que sólo correspondía á ellos y á ciertos príncipes, está ya, como vosotros mismos lo veis, tan extendido, que se lo dan á muchos que no le tienen de derecho, y que, sin embargo, se lo tragan con mucho gusto. ¿Y qué había de hacer? ¿quitárselo á todos? De esto no resultarían sino reclamaciones, disgustos, enemistades y compromisos para quedar luégo la cosa como ántes. El Papa, pues, ha encontrado este excelenté arbitrio. Es verdad que luégo se empezará á dar el tratamiento de Eminencia á los obispos, luégo lo querrán los abades, despues las dignidades porque los hombres son así; luégo los canónigos...

— ¿Y los curas párrocos? dijo la viuda.

— No, no, contestó D. Abundo, los pobres curas párrocos á tirar del carro; no tenga usted miedo de que los acostumbren mal. Los curas párrocos nada más que *reverendos* (1) hasta el fin del mundo. No me admiraría que á los caballeros que están acostumbrados á oirse llamar *ilustrísimos*, se les antoje algun dia el tratamiento de Eminencia, y como lo quieran, no faltará quien se lo dé, y entónces el Papa tendrá que inventar otro para los cardenales. Pero volvamos ahora á nuestro negocio. El domingo correré la primera amonestacion, y entretanto, ¿sabéis lo que he pensado hacer para serviros mejor? pediremos dispensa para las otras dos. Mucho han de tener que hacer en la Curia para extender dispensas, si las cosas van en todas partes como aquí. Para el domingo tengo ya... una, dos... tres sin contar la vuestra. Es

1. Título que se les daba, y que aún por cortesía se les da en muchas partes de Italia á los párrocos.

una furia; ya no ha de quedar una mujer que no esté casada. ¡Qué disparate ha hecho Perpétua en morirse en tal ocasion! Esta vez hubiera encontrado tambien ella su comprador. ¿Y en Milan, señora (dirigiendo la palabra á la viuda), sucede lo mismo?

— Lo mismo. Hágase usted cargo de que el domingo pasado, sólo en mi parroquia, hubo cincuenta y cuatro casamientos.

— Es lo que yo digo: el mundo no quiere acabarse. ¿Y á usted, señora, no ha empezado á rondarla todavía ningun moscardon?

— Yo no pienso, ni quiero pensar en eso.

— ¿Y querrá usted ser la única? Vea usted, tambien Ines...

— Vaya usted... ¿tiene usted gana de burlarse?

— Sí; tengo gana de reirme, y me parece que es justo despues de tantos males. ¡Qué buenos tragos hemos pasado! Es de esperar que estos cuatro dias que nos quedan de vida no serán tan tristes. ¡Dichosos vosotros (á Lucía y Lorenzo) que como no haya desgracia, tenéis todavía muchos años para hablar de vuestras aventuras! ¡pero yo, pobre viejo!... Los bribones pueden morir; de la peste se puede curar; pero contra los años no hay receta, y es muy cierto aquello de que *senectus ipsa est morbus*: que quiere decir que la misma vejez es una enfermedad; y si hubiera dicho mortal, no hubiera errado.

— Ahora, pues, — dijo Lorenzo, — hable usted latin cuanto quiera, que nada me importa.

— Puesto que tú estás tan mal con el latin, no tengas cuidado, que yo te arreglaré, — dijo D. Abundo. — Cuando tú te presentes con esa, para que yo te diga ciertas palabritas en latin, yo te diré: tú no gustas de latines; véte, pues. ¿Y entónces?

— Yo bien me entiendo, — replicó Lorenzo; — no es ese el latin que me asusta; otros son los latines que me desagradan; aquellos, por ejemplo, con que antaño...

— ¡Calla, majadero! calla y no revuelvas cosas pasadas,

que si hubiéramos de ajustar las cuentas, yo no sé quién ganaría. ¡ Algunas me habéis hecho de tomo y lomo! De tí no lo extraño, porque siempre has sido un tunantuelo; pero sí de esa mosquita muerta, que parece que en su vida ha quebrado un plato: aunque yo bien sé quién la había aleccionado (señalando con el dedo á Ines). Pero, en fin, todo lo perdono.

La noticia de la muerte de D. Rodrigo habia infundido tal ánimo en nuestro D. Abundo, que nunca acabaríamos si quisiéramos trasladar todas las chanzas y chistes con que entretuvo á los concurrentes, deteniéndolos más de una vez cuando estaban para marcharse, tanto, que hasta en la puerta misma no dejó de entretenerlos algunos instantes con su conversacion.

Recibió al dia siguiente una visita tanto más agradable cuanto ménos esperada; la del Marqués de que se habia hablado el anterior.

Era este de una edad entre la virilidad y la vejez: su presencia justificaba lo que de sus calidades pregonaba la fama. Ingenuo, franco, llano, benéfico, lleno de dignidad, y con cierta apariéncia de tristeza resignada.

— Vengo — dijo — á saludar á usted de parte del Cardenal-arzobispo.

— ¡ Ah! ¡ qué favor! ¡ qué bondad de ambos!

— Cuando fui á despedirme de aquel incomparable varon, que me honra con su amistad, me habló de dos novios jóvenes de esta parroquia, que tuvieron que sufrir mucho por causa del malaventurado D. Rodrigo. Monseñor desea tener noticia de ellos. ¿ Viven? ¿ Se han arreglado sus asuntos?

— Sí, señor, ya todo está arreglado, y yo justamente me habia propuesto escribir á su Eminéncia; pero ahora que tengo la honra...

— ¿ Están aquí?

— Aquí, sí, señor, y dentro de poco estarán casados.

— Deseo que usted tenga la bondad de decirme si se le puede hacer algun bien, indicándome al mismo tiempo el mejor modo de realizarlo. En esta calamidad he perdido dos

hijos y mi esposa, y he tenido tres herencias considerables, sobre mis cuantiosos bienes. Con esto ya ve usted que es hacerme un verdadero favor proporcionarme la ocasion de emplear mis facultades en beneficio de los que lo necesitan.

— ¡ Dios le bendiga! No todos son así. Yo por mi parte doy á usía ilustrísima las gracias; y puesto que así lo desea, tengo, sí, señor, un excelente medio. Debe, pues usía ilustrísima saber que esta buena gente ha determinado avecindarse en otra parte, y vender los cuatro terrones que poseen aquí, que son una pequeña viña del mozo, tan destruida que sólo se puede contar con el terreno; además una casita, y otra la novia, que son dos nidos de ratones. Un caballero como usía ilustrísima no puede saber lo que pasa con los pobres cuando tienen necesidad de deshacerse de alguna cosa. Por lo regular va á parar á la boca del lobo. Para esto los logrerros se valen de mil astucias, hasta que ponen al pobre vendedor en la necesidad de malbaratarlo todo. La mejor caridad, pues, que usía ilustrísima puede hacer á esta pobre gente es comprarles estas cortas fincas; de lo que me resultará también á mí la honra de tener un feligres como usía ilustrísima. El señor Marqués hará en esto lo que mejor le parezca. Por obedecer hago esta indicacion.

Celebró el Marqués la indicacion. Dió gracias á D. Abundo, y le pidió que se sirviese ser el árbitro del precio, poniéndole más bien subido que bajo; y lo que más admiró al Cura fué la propuesta que le hizo de que ambos fuesen á casa de la novia, donde probablemente se hallaria también el novio.

Ufano D. Abundo con esto, habló también del asunto de la requisitoria, manifestándole las buenas prendas de Lorenzo, y que en lo de Milan obró como atolondrado é ignorante; pero siempre con la mejor intencion del mundo.

— ¿ Hay empeños fuertes contra este joven? — preguntó el Marqués.

— Nada absolutamente, — contestó D. Abundo. — Al principio le tiraron mucho; pero ahora creo que sólo debe ser una mera formalidad.

— Siendo así, — replicó el Marqués, — la cosa es fácil, y yo la tomo á mi cargo.

Llegados á la casa de Lucía, hallaron justamente á las tres mujeres y á Lorenzo. Cómo estos quedarían no es fácil explicarlo. Animó el Marqués la conversacion hablando del Cardenal y de otras cosas, y no se tardó en tratar de la compra indicada. D. Abundo fijó el precio, que aprobó el comprador, aumentándolo una mitad, concluyó convidando á todos á



Ufano D. Abundo con esto, habló también del asunto.

comer para el día después de la boda en su palacio, en donde se celebraría el contrato en regla, y se haría la escritura.

Vuelto D. Abundo á su casa, decía entre sí: « Como la peste hiciese siempre y en todas partes las cosas de esta manera, sería lástima hablar mal de ella, y casi casi se necesitaría que se reprodujese una vez cada generación. »

Vino por fin la dispensa y el indulto para Lorenzo, y aquel bendito día tan esperado. Presentáronse los dos novios con una especie de seguridad triunfal en su misma parroquia,

en donde fueron casados por el mismo don Abundo.

No fué para ellos menor satisfacción el ir el día siguiente al palacio de D. Rodrigo. El lector podrá figurarse lo que pasaría en aquellas cabezas al subir la cuesta y al entrar por la puerta, y los discursos que allá entre sí cada uno haría, según su genio: nosotros solamente diremos que, en medio de tanta alegría, ya el uno, ya el otro dijeron más de una vez que para completar la fiesta sólo faltaba el padre Cristóbal; pero luego añadían: « ¡ Ah! el Padre sin duda está mejor que nosotros. »

Hízoles el Marqués la más cordial acogida. Los condujo á un tinelo bien adornado, en donde les tenía prevenida una suntuosa mesa. El mismo sentó á ella á los esposos con Ines y la viuda, y ántes de retirarse á comer á otra parte con D. Abundo, quiso asistir algún tiempo á aquel convite y servirle. Creo que á nadie le ocurrirá decir que hubiera sido cosa más sencilla disponer una sola mesa. He dicho que el Masqués era un excelente sujeto, pero no un hombre raro como hoy se diría. He dicho que era llano, pero no un portento de llaneza; porque á la verdad, tenía la bastante para ponerse más abajo de aquella gente, pero no para ponerse al nivel de ella.

Después de haber comido los de una y otra mesa, extendió la escritura un letrado escribano, que no fué el abogado Tramoya, porque este, ó, por mejor decir, sus huesos, estaban y están todavía en Cantarelli. Para los que no son del país hay aquí necesidad de una explicación.

Más arriba de Lecco, como cosa de media milla, hay un sitio llamado Cantarelli, donde se cruzan dos caminos. Al lado de la misma encrucijada se levanta una especie de cerro artificial con una cruz en la cima, y este cerro no es otra cosa que un hacinamiento de cadáveres de los que murieron en aquel contagio. La tradición sólo dice muertos del contagio; pero no puede ser sino este, que fué el último, y el que ha hecho más estragos de cuantos han dejado memoria. Y se sabe que es necesario ayudar la tradición, como lo hacen todos los historiadores, porque ella de por sí es siempre muy escasa.

Á la vuelta no hubo más novedad, sino que Lorenzo estuvo algo incomodado con el peso del dinero que traía; pero el hombre estaba acostumbrado á trabajos harto mayores. No hablo de los mentales, porque seguramente no era pequeño el pensar cómo emplearía aquel dinero con utilidad. Los proyectos que pasaban por su mente, sus cuentas, sus debates, sus objeciones con respecto á la agricultura y á la industria, eran tales como si hubiesen disputado dos academias del siglo pasado.

Ya desde luégo no se pensó en otra cosa sino en hacer los lios, y ponerse en camino; la familia Tramallino para su nueva patria, y la viuda para Milan. Muchas fueron las lágrimas, las expresiones de agradecimiento, y las promesas de volverse á ver.

No ménos tierna, á excepcion de las lágrimas, fué la separacion de Lorenzo y de su huésped: ni se crea que hubiese frialdad en la de D. Abundo, porque los tres pobrecillos habian conservado siempre cierto cariño respetuoso á su párroco, y este en realidad no dejaba de apreciarlos. Los negocios, estos diablos de negocios, y los intereses, son los que casi siempre resfrían las aficiones.

Si se nos preguntase si hubo igualmente algun sentimiento en dejar el país nativo, y en separarse de aquellas montañas, diríamos que hubo disgusto, porque sentimientos y disgustos los hay en todas las cosas. Es de creer, no obstante, que no sería muy grande, porque podian muy bien ahorrárselo estando en su casa, sobre todo faltando los dos inconvenientes principales, á saber, D. Rodrigo y la requisitoria; pero ya habia tiempo que todos estaban acostumbrados á mirar como suyo propio el país adonde iban á domiciliarse, pues Lorenzo se le habia pintado á las mujeres como el mejor del mundo, ponderándoles los acomodados tan ventajosos como encontraban allí los artesanos, y otras mil cosas relativas á la baratura y comodidades de la vida. Por otra parte, todos habian pasado grandes amarguras en la tierra á que volvian las espaldas, y las memorias tristes siempre acaban con hacer

desagradable el país que las recuerda, y si este país es el nativo, hay entónces en tales memorias un no sé qué más doloroso y punzante. El niño descansa gustoso en el seno de la que le alimenta en su pecho, y lo busca con ahinco y confianza; pero si aquella para retraerle unta el pecho con ajenjos, el niño retira el labio, vuelve á probar y á retirarse: llora, sí, no hay duda, pero al fin se retira.

Mas qué dirán ahora mis lectores cuando oigan que apenas llegados y establecidos en el nuevo país, halló Lorenzo disgustos preparados de antemano. ¡ Miserias humanas! ¡ Qué poco se necesita para turbar el estado feliz de una familia! Hé aquí cómo sucedió la cosa.

Lo mucho que se habia hablado allí de Lucía ántes que llegase; el saber cuánto habia penado Lorenzo por ella, manteniéndose siempre firme y constante, y quizá alabanzas de parciales suyos, habian excitado extraordinariamente la curiosidad, y las gentes, prevenidas con estos antecedentes, estaban en grande expectativa de ver á tan interesante hermosura. Ya se sabe lo que es una prevencion favorable. Como siempre la imaginacion se adelanta á la realidad, rara vez queda satisfecha cuando llega el caso de la comparacion; entónces desquita el exceso de la ponderacion favorable con el exceso contrario. Así es que, cuando se presentó Lucía, muchos, que quizá se la figuraron con el cabello de oro, las mejillas de carmin y nácar, los ojos como dos luceros, y ¿qué sé yo más? comenzaron á encogerse de hombros, á arrugar las narices, y á decir: « ¿Es esa? Despues de tanto tiempo y tanto hablar, otra cosa nos prometíamos. ¿Y últimamente qué es? Una aldeana como otra cualquiera. ¡ Vaya! como esta, y mucho mejores, las hay en todas partes. » Pasando luégo á los portomenores, notaban, quién un defecto, quién otro, y no faltó quien la encontrase fea.

Pero como nadie iba á decir estas cosas á Lorenzo en sus bigotes, no era grande el daño. Quien hizo el mal verdadero, agriando la cosa, fueron ciertos chismosos, que nunca faltan, los cuales todo se lo contaban, no sin ribe-

tes, y Lorenzo no dejaba de sentirlo, como era natural. Empezó, pues, á cavilar sobre ello, haciendo platillo de la ocurrencia, tanto con los que le hablaban, como para consigo mismo. « ¿ Á vosotros qué os importa? decia allá á sus solas, como si hablase con los murmuradores; ¿ quién os dijo que aguardarais otra cosa? ¿ Os he hablado yo jamas de ella? ¿ Os dije yo nunca que era hermosa ni fea? Y cuando alguno me lo preguntaba, ¿ contestaba yo otra cosa, sino que era una buena muchacha, y una honrada aldeana? ¿ Os dije yo jamas que os iba á traer una princesa? Si os desagradan, ¿ hay más que no mirarla? Aquí tenéis buenas mozas, miradlas á ellas. »

Y ved aquí, lectores míos, cómo una fruslería basta muchas veces para decidir de la suerte de un hombre por toda la vida. Si Lorenzo hubiese fijado su residencia en aquel pueblo, segun su proyecto, no lo hubiera pasado bien. Á fuerza de estar fastidiado, se hizo fastidioso. Era adusto con todos, no porque faltase directamente á la buena crianza; pero todo el mundo sabe cuántas cosas se pueden hacer que desagraden, sin que den margen á andar á estocadas. Tenía cierta dureza en su trato: él tambien hallaba en todo algo que criticar: bastaba con que hiciese mal tiempo dos dias consecutivos para que exclamase: « ¡ Esta es fruta del país! » Hasta ciertas personas que ántes le querian, estaban incomunicadas con él; de suerte que siguiendo de esta manera, habria llegado el caso de hallarse en estado de hostilidad con toda la poblacion, sin poder quizá él mismo señalar la causa, ni conocer el origen de semejante mudanza.

Pero se puede decir que la peste tomó á su cargo el sacarle de tan desagradable situacion. Habíase llevado el contagio al dueño de otra fábrica de seda situada en un pueblo á poca distancia de Bérgamo, y el heredero, jóven calavera, que en aquel establecimiento nada encontraba que le divirtiese, estaba determinado á venderlo de cualquier modo, con tal que le diesen el dinero á toca teja

para poderlo emplear en sus caprichos. Como llegase esta noticia á oídos de Bartolo, corrió este inmediatamente á reconocer el establecimiento, y trató de su compra, siendo imposible encontrar mejor ganga; pero la condicion del dinero era un impedimento que todo lo echaba á perder, porque su peculio, compuesto lentamente con ahorros, estaba muy léjos de llegar á la cantidad estipulada.

Sin cerrar enteramente el trato, se volvió Bartolo al instante, comunicó el negocio á su primo, y le propuso la compra en compañía. Aceptó Lorenzo el partido, volvieron juntos á la fábrica, y se realizó el contrato. Cuando, despues, los nuevos dueños fueron á tomar posesion de su establecimiento, Lucía, á quien allí no se aguardaba con prevencion ni sin ella, no sólo no estuvo sujeta á críticas, sino que agradó mucho, tanto que Lorenzo supo que más de una persona la habia celebrado con entusiasmo.

El disgusto que él experimentó en Bérgamo le sirvió de una útil leccion. Ántes habia sido precipitado en sentenciar, y se complacia en criticar las mujeres ajenas y las demas cosas. Conoció en esta ocasion que las palabras hacen un efecto en la boca, y otro en el oído, y se acostumbró á escuchar bien las suyas en su interior ántes de proferirlas.

No se crea, sin embargo, que dejase de haber aún allí sus disgustillos. El hombre, dice nuestro anónimo (y ya sabe el lector por experiencia que este tiene un gusto bastante raro en materia de comparaciones, pero me lisonjeo que tolerarán tambien esta por ser la última); el hombre, mientras permanece en el mundo, es un enfermo, que metido en una cama con más ó ménos incomodidad, ve al rededor de sí otras camas muy aseadas por fuera, muy lisas, y al parecer muy bien mullidas, y se figura que ha de ser un gusto ocuparlas; pero si llega á cambiar, apénas echado en cualquiera de ellas, empieza á sentir en un lado una paja que le punza, en otro una dureza que le mortifica, y presto se halla, poco más ó ménos, como en la cama pri-

mera; y esta es la razon, añade el mismo anónimo, porque debemos ántes pensar en hacer bien que en estar bien, que es el modo de llegar á estar mejor. La comparacion está un poco traída por los cabellos; sin embargo, en el fondo no deja de ser exacta. Como quiera que sea, trabajos y penalidades de la naturaleza de los que hemos referido, ya no tuvo que pasarlos nuestra gente; desde entónces su vida fué tan tranquila, tan pacífica y tan envidiable, que si nosotros contásemos sus pormenores, no dejarían de fastidiar á cuantos la leyesen.

Los negocios iban en popa; al principio hubo sus trabajos por la paralización del comercio, la escasez de operarios, y las excesivas pretensiones de los pocos que habían quedado. Se dieron órdenes tasando los jornales, y á pesar de este desatinado recurso, las cosas se arreglaron, porque por fuerza debían arreglarse. Vino luégo de Venecia otra orden más racional, reducida á eximir de toda contribucion real, por espacio de diez años, á los artesanos forasteros que fuesen á establecerse en aquel país, lo que fué una cucaña para los nuestros.

Ántes de que cumplierse el año del casamiento, dió Lucía á luz una hermosa criatura, y como si fuese cosa hecha expresamente para proporcionar á Lorenzo la ocasion de cumplir su promesa, fué una niña, y nadie dudará de que se le pusiese por nombre María.

Tras de esta vinieron con el tiempo otras criaturas de uno y otro sexo, que eran la delicia de Ines, que lidiaba con ellas, y pasaba todo el dia, ya riéndolas, ya besándolas. Salieron todas por fortuna bien inclinadas, y Lorenzo quiso que aprendiesen á leer y escribir, porque aunque miraba esta habilidad como cosa de bribones, no creyó conveniente que dejasen de aprovecharse de ella.

Era un placer oírle contar sus aventuras, y siempre acababa su relacion con decir lo que con ellas había aprendido para gobernarse mejor en adelante.

— He aprendido — decia — á no meterme en embrollos

he aprendido á no ser orador de plaza : he aprendido á no beber más de lo necesario : he aprendido á no estar agarrado á la aldaba de una puerta cuando hay gente de cascotes alrededor ; he aprendido á no atarme á los piés una campanilla sin prever ántes lo que pudiera acontecer, y otras mil cosas.

Aunque Lucía no hallaba que la doctrina fuese falsa en lo esencial, no quedaba del todo satisfecha. Le parecia en con-



Y yo, -- le dijo un dia a su moralista.

fuso que algo faltaba. A fuerza de oír repetir siempre la misma cancion, y meditar sobre ella cada vez :

— Y yo, — le dijo un dia á su moralista, — ¿ qué es lo que he aprendido ? Yo no fui á buscar los trabajos, sino que ellos vinieron á buscarme á mí ; á ménos — añadió sonriéndose — que no tengas tú por disparate el haberte querido y haberte prometido mi mano.

Lorenzo quedó por de pronto sin saber qué responder; pero despues de reflexionar algun poco, sacó por conclusion, que los trabajos muchas veces vienen porque uno se los busca; pero que sin embargo no basta la conducta más arreglada é inocente para evitarlos : de todos modos, vengan por culpa

propia ó sin ella, la confianza en Dios y la resignacion los mitigan y hacen que sean útiles para mejorar la vida. Esta conclusion, aunque no la hayan sacado doctores, sino un pobre artesano, nos ha parecido tan exacta, que no hemos titubeado en sentarla aquí como la sustancia de toda esta historia. Si algunos ratos ha podido entreteneros, dad las gracias al anónimo, sin olvidar de todo punto á su remendon; más si otros ha llegado á fastidiaros, tened por seguro que no lo hemos hecho adrede.

FIN



